



Un espacio de conocimiento e  
información sobre el Adulto mayor

**Número 3**

Año 2, agosto 2009

[Visite nuestra revista digital >>](#)

## Erotismo en la Vejez

Rosa Rodríguez Reaño\*

Psicóloga educacional

Ricardo Iacub<sup>1</sup>. *Erótica y Vejez. Perspectivas de Occidente*. Buenos Aires, Paidós, 2006, 215 p.

«El concepto de “calidad de vida” aparece asociado actualmente a una vida sexual rica en la vejez (AARP, 1999). También el encuentro de nuevas parejas en esta etapa asume un sentido ligado al romanticismo y a la sexualidad, así como a una nueva posición frente a las expectativas de vida y ante la propia familia. Esta nueva estética de la sexualidad y del amor implica la construcción de un relato adecuado a los nuevos tiempos, donde la noción de edad —parafraseando a Neugarten— pueda volverse irrelevante para definir el erotismo» (pág. 190).

Este libro llama nuestra atención en el mismo instante en que uno lee el título: ¿es posible pensar en el erotismo durante la vejez? El autor desarrolla una lectura histórica del erotismo y la sexualidad, desde los diferentes discursos de la cultura occidental y desde épocas anteriores a Cristo, que aún continúan vigentes en nuestra época y, como señala Iacub, «organizan la lectura, percepción y conceptualización del erotismo en la vejez» (pág. 21). El autor propone situar el eje en el erotismo y no en la sexualidad de los mayores, porque considera que el erotismo «incluye tanto el deseo como el amor, o las múltiples variaciones en las que este se transmute» (pág. 19).

---

<sup>1</sup> Ricardo Iacub es doctor en Psicología. Se desempeña como docente de grado y posgrado en la cátedra Psicología de la Vejez de la Universidad de Buenos Aires, en la Fundación Universitaria Isalud y en la Universidad Nacional de Rosario. Asimismo, dicta cursos en diversas provincias de Argentina, en México y Colombia, además de ser investigador en la Universidad Nacional de Rosario. Ha escrito *Proyectar la vida. El desafío de los mayores* (Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2001), así como numerosos artículos en libros y revistas científicas de Argentina y del extranjero.

En el texto, Iacub incluye términos novedosos y propios de la gerontología, tales como viejismo, uni-age, transetarios, al mismo tiempo que desliga la noción de viejo del sentido peyorativo que esta tiene, ya que, al utilizar el término «viejo», lo hace definiendo como tal a aquella persona que se encuentra en la etapa de la vejez.

El libro se divide en dos grandes partes. La primera está dedicada a las perspectivas históricas sobre el erotismo en la vejez desde los inicios del judaísmo hasta la primera mitad del s. XX. La segunda parte, a la «revolución sexual» que estalla a mediados del s. XX y su devenir en la posmodernidad, considerando en esta última parte la importancia de la educación sexual para el goce erótico, sensual y sexual durante la vejez.

### **Del judaísmo a la primera mitad del s. XX**

El autor llama nuestra atención ante una situación que muchas veces pasa desapercibida. Para el judaísmo, el relato bíblico señala que el pueblo judío desciende de una pareja de viejos: Abraham y Sara. Esto indicaría que, para el pensamiento judío, el placer sensual no estaba ligado a una edad determinada; Iacub incorpora algunos fragmentos del Talmud donde se señala la idea de que «no es bueno que el hombre esté solo», por lo que la obligación de casarse se mantenía vigente aún para los mayores, incluso cuando quedaran viudos; cita otro fragmento: «Aquel hombre que no tiene esposa vive sin alegrías, sin bendiciones y sin virtudes»; y señala que hay fragmentos del Talmud ligados al tema de género, donde se habla del consentimiento de la mujer durante el acto sexual, es decir que sus fantasías eran tomadas en cuenta: «En el Talmud de Babilonia, los rabinos señalaban, en relación con el consentimiento que debía dar la mujer en el acto sexual para no afectar su descendencia, que solo las personas sin educación omitirían acariciar a una mujer antes de tratar de engendrar un hijo con ella» (pág. 33).

Durante la época grecorromana, la situación de los mayores cambió de la idealización a la vergüenza. El erotismo y la sexualidad se asociaron a las pasiones, a la actividad, a la primavera, a las guerras, demandando un cuerpo joven y bello, por lo que el erotismo en la

vejez era calificado de antiestético y vergonzoso. Los griegos demandaban la templanza en los viejos, el control de sus pasiones, «se los llamaba a abandonar el vino, las flores, el recostarse sensualmente, y se les criticaba si cantaban por tener voces trémulas, a las mujeres se las juzgaba por querer parecer bellas» (pág. 50).

La importancia que brindaron los griegos y romanos a la apariencia física —la belleza, el deporte, la resistencia, el vigor— es, entre otras cosas, algo que subyace fuertemente hasta nuestros días. Llama la atención la enorme cantidad de anuncios médicos y cosméticos garantizando la «divina juventud» (algo dado por los dioses) y los diseños que acompañan a logotipos de clínicas de cirugía estética y spa, los cuales son generalmente representados por alguna divinidad grecorromana.

La demanda de belleza y juventud, así como la templanza en la vejez, iban dirigidas tanto para hombres como para mujeres. Pero en el caso de estas últimas, cuando llegaban a la vejez se esperaba que desempeñaran su rol de comadres, esposas y compañeras, siendo mal vistas aquellas que querían seguir siendo bellas y gozar de los placeres y de su erotismo. Los viejos y sus cuerpos viejos quedaron excluidos del deseo (sentir deseo y ser deseados por otros) y del amor, considerándolos capaces solo de expresar ternura, cuidado y abrigo hacia su pareja, hacia su familia, hacia los nietos y hacia los demás.

Avanzando en la lectura del texto, encontramos que en los inicios de la era cristiana, el envejecimiento se tomó como el resultado del pecado original: ante la desobediencia humana, el castigo divino fue la declinación y la muerte, por lo cual el viejo aparecía como un ser enfermo, feo y miserable; se creía que ese era el plan divino. Para reencontrarse en paz con Dios, los viejos debían retirarse de todos los placeres físicos, abandonar el erotismo y consagrar el tiempo que les quede de vida a la purificación del alma. En caso contrario, un viejo que no cumpliera las características mencionadas y que, por el contrario, mantenía su interés por el amor, la vanidad y otros placeres resultaba sospechoso y/o era castigado incluso más severamente que los jóvenes, a quienes los excusaba el ardor de la juventud.

Iacub relata las vivencias de algunos santos que cumplieron este plan divino,

particularmente el autor se detiene a examinar el caso de San Agustín: «los pecados de la carne —decía [San Agustín]— eran menos posibles a esta edad, aunque al mismo tiempo consideraba que seguían estando presentes y que el viejo debía defenderse de ellos» (pág. 72). Por esta razón, se instauró el retiro agustiniano como modelo ideal de vejez en occidente, que preparaba al ser humano para la muerte, caracterizado por «el abandono de la sexualidad, una profunda espiritualidad y el desasimiento de lo mundano» (pág. 76).

Durante el s. XIX, y hasta la primera mitad del s. XX, la medicina y el pensamiento científico fueron tomando auge en Occidente, influyendo también en la concepción de la vejez; se restó importancia a la dimensión existencial y espiritual y a la carencia libidinal y erótica de esta etapa y se centró la atención en el cuerpo, sin dejar de lado la antigua asociación de pecado-vejez.

Surgió entonces una fuerte influencia ideológica que ponía su mirada en el cuidado hacia el cuerpo: el estar sano, musculoso y bello posibilitaba la productividad y, por ende, la empleabilidad. Cuando con el pasar de los años, el cuerpo se deteriora y pierde estos ideales que la cultura demanda, entonces se dice que ha entrado a la vejez; y al momento que marca este paso se le denominó «jubilación». Este pensamiento también está presente hasta nuestros días, con el estándar de belleza y juventud impuesto por la sociedad actual, más la imposición jubilatoria a determinada edad según la actividad que uno realice (ejecutivo, minero, deportista, docente, etc.) y en la que los aspectos sociales y educativos tienen una influencia muy importante. Como vemos, la sociedad marca subrepticamente el final de la productividad y competitividad de una persona; y la productividad asociada a la reproductividad señalaba que la sexualidad y el erotismo no estaban hechos para la vejez; existía, y existe aún en nuestros días, un alto nivel de represión moral en la misma; de lo contrario, un viejo erotizado podía resultar peligroso para el propio individuo, la pareja, la familia y la moral pública.

Iacub cierra esta primera parte haciendo una descripción de los viejos en los inicios del psicoanálisis, donde estos eran considerados como codiciosos, malhumorados y habladores. Afortunadamente, con el tiempo muchas de estas nociones fueron reformuladas, aunque

todavía quedan vigentes ciertos conceptos en algunas líneas psicoanalíticas. Citando a Ferenczi, el autor señala que «el viejo quedaba ubicado como alguien que debía cuidar su capital físico absteniéndose de cualquier deseo que perturbase su amenguada energía, con lo cual respetaba de un modo curioso la modalidad victoriana de privación sexual aunque con otros fundamentos» (pág. 126).

### **La revolución sexual en la vejez**

Iacub señala que, al iniciarse la última mitad del s. XX, aún permanecía el rechazo hacia el erotismo en la vejez, el horror estético, la discapacidad para lo sexual y la aceptación de la representación tierna, infantilizada y desensualizada de los mayores. Simultáneamente, apareció el concepto de «viejismo»<sup>2</sup>, definido como el «conjunto de prejuicios similares a los adjudicados a la raza, la religión o la étnica, encarnados en la forma de un rechazo y un disgusto por envejecer al relacionar este período de vida con la enfermedad, la discapacidad, la pérdida de poder e incluso la idea de muerte» (pág. 132). La toma de conciencia de este prejuicio dio inicio a un discurso positivo sobre la sexualidad en la vejez, tomando discursos posmodernistas que alentaron la relativización de ciertos parámetros morales.

En el texto se señala que, conforme transcurre el s. XX, la edad como medio normativo pierde importancia, los mayores son considerados dentro de las demandas sociales generales, cambian los estilos de vida, se fortalece el establecimiento de lazos sociales con sus pares. Se brinda importancia a la realización de actividades significativas para los mayores, las cuales se realizan en agrupaciones y en espacios destinados para la recreación, el turismo y la educación. «Estos espacios proponen una serie de programas en los que el erotismo suele tener un lugar posible. Las salidas —ya se trate de bailes, fiestas o viajes— propician los encuentros sexuales, la formación de parejas o el contacto erótico en términos más amplios. La percepción del atractivo surge a escala de la vejez, medida dentro de su grupo etario» (pág. 141).

Sin embargo, la sociedad posmoderna recoge y conserva muchas de las antiguas

---

<sup>2</sup> En 1969, el gerontólogo estadounidense Robert Butler creó la denominación «ageism», la cual fue traducida en 1993 por Leopoldo Salvarezza como «viejismo».

representaciones sociales, sosteniendo la belleza y la juventud como baluartes de éxito, y toma el cuerpo como un proyecto a mantener o mejorar constantemente: «se lo regula con el objetivo de buscar placer, se hace dieta con el fin de mejorar su aspecto como si fuera un sistema de simbolismo sexual» (pág. 142).

Iacub señala que el objetivo de este proyecto es un estilo uni-age, cuyo simbolismo es mantener el cuerpo sin envejecer; aparecen, de ese modo, lo que el autor denomina «transetarios». Los define como aquellos sujetos que utilizando las modernas tecnologías (anti-age y pro-age) quieren mantener o recuperar la estética de la juventud, y ser, así, más parecidos a la idea de sí mismos. Estas transformaciones en el cuerpo llevan a las personas de mediana edad y mayores a pensar y creer que un cuerpo viejo no puede irradiar erotismo y que la posibilidad de un goce erótico solo será posible a través del uso de esta tecnología. Es decir, se pasa de pensar el erotismo y la sexualidad en la vejez como imposible o perversa, para pasar a una situación donde la represión social no permite que los viejos encuentren estímulos para el goce sexual y sensual si no poseen un cuerpo joven.

### **La educación sexual**

En la segunda parte del texto se señala también la importancia de la educación sexual para combatir el viejismo y las normativas sexuales dirigidas a la vejez. Diversos investigadores —Kaplan, Kinsey, Master & Johnson— encontraron que la educación era la clave para nuevas formas de pensar y sentir el erotismo y la sexualidad durante la vejez.

Iacub describe en el texto los descubrimientos de estos investigadores y profundiza en cada uno de ellos. Algunos de estos hallazgos fueron los siguientes:

- Existen cambios fisiológicos que influyen en las funciones sexuales, pero, una vez conocidos y manejados, es posible romper con los prejuicios existentes y continuar con el erotismo y una vida sexual activa.
- La disminución sexual también puede deberse a la falta de «ensayo de nuevas técnicas, nuevas formas de contacto y nuevas situaciones», lo que termina produciendo aburrimiento.

- La experiencia orgásmica no disminuye, porque el deseo sexual sigue existiendo.
- Las mujeres mayores que llevaban una actividad sexual regular van a mantener una mayor capacidad para desarrollar el acto sexual que las que no la tenían.
- La viudez y el deterioro en la salud afectan la sexualidad de los mayores; cuando se superan estas crisis, vuelve el interés erótico y sexual.
- Existen caminos auxiliares que llevan al placer sin necesidad de que haya un goce genital, mientras se piensen como sujetos deseables y manifiesten el propio deseo.

Por otro lado, el psicoanálisis reformula la noción de deseo, toma un sesgo positivo al no reducir la sexualidad a la genitalidad; y señala que el sujeto mayor tendrá que analizar los obstáculos que le impiden desarrollar ese deseo sin formas ideales, sea por la descalificación moral o estética del otro, o a partir de sus propios obstáculos narcisistas.

Dentro de la segunda parte del texto, Iacub dedica un espacio para tratar el envejecimiento gay y lésbico. Contrariamente a lo que se piensa acerca de la cultura gay —considerados individuos de intercambios sexuales rápidos, lo que conllevaría una larga soledad en la vejez—, el texto invita a reflexionar sobre las nuevas formas de relación dentro de esta cultura que los llevan a responder ante las necesidades de los integrantes de este grupo social durante su vejez.

Otro tema importante que menciona el autor es el geriátrico, ya que es una institución que aún carga con la concepción de la asexualidad en la vejez, rescindiendo el goce erótico y sexual de los individuos a través de diversas estrategias como la separación del lecho en los matrimonios, o la aplicación de sedantes ante las «emergencias de deseos sexuales», vulnerando así los derechos sexuales de sus residentes.

Iacub trabaja también el concepto de la biomedicalización del envejecimiento, ideología social que piensa la vejez como un proceso patológico, llevando a los mayores a la ausencia de la vida sexual en vistas del cuidado de la salud. Sin embargo, el autor señala: «mas allá de los antidepresivos, es importante remarcar que los tranquilizantes en general y las benzodiazepinas en particular pueden deprimir las reacciones sexuales, al igual que ciertas



asociaciones con los antidepresivos pueden conjugarse para inhibir el deseo sexual (Hazif y otros). La abusiva cantidad de medicación que se les prescribe a estos pacientes no suele tomar en cuenta sus necesidades sexuales, y muchas veces estos no son consultados ni prevenidos de los efectos colaterales que pueden provocar» (pág. 188).

Como se ha podido apreciar, el tema de la sexualidad y el erotismo en la vejez tiene una larga data histórica, pero aún está poco estudiado e investigado, producto quizás de muchas de las representaciones sociales que tenemos de la vejez y que, al leer el libro, podemos ubicar en el momento histórico en que se instauró cada una de estas representaciones, las razones del éxito o fracaso de cada postura y la evolución posterior en el posmodernismo. El texto de Iacub brinda, entre varias, una importante reflexión: la necesidad y la importancia de la educación sexual en los mayores, ya que permitirá el disfrute sexual y erótico durante esta etapa de sus vidas y contribuirá a su salud física y psicológica y a su calidad de vida.

**Rosa Rodríguez Reaño** (Perú). Es psicóloga educacional por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Egresada de la Maestría de Salud Mental en Poblaciones por la Universidad Peruana Cayetano Heredia, ha realizado estudios de grado en Psicología de la Tercera Edad y Vejez, y de posgrado en Psicogerontología y Envejecimiento Cerebral y Demencias en la Universidad de Buenos Aires, así como en Intervención y Gestión Gerontológica en la Universidad Maimónides (Argentina). Tiene experiencia en diseño y ejecución de actividades cognitivas y recreativas dirigidas a los adultos mayores.